

## **INTEGRACIÓN, IDENTIDAD Y VALORES REPUBLICANOS (EL CASO FRANCÉS).**

**GÉRARD IMBERT**

Catedrático de Comunicación audiovisual  
Universidad Carlos III de Madrid

### **RESUMEN.**

Todo proceso migratorio pasa por un replanteamiento de la identidad en su relación con la cultura (cultura de origen y cultura de acogida), una adaptación a nuevos valores que implica, hasta cierto punto, una mínima renuncia a los valores heredados.

La fractura social surge cuando no coincide la identidad con la cultura de acogida y se produce un rechazo a los valores republicanos, como ocurrió en Francia en las pasadas revueltas, fenómeno que puede conducir a la anomia, a la violencia gratuita.

La respuesta en forma de nacionalismo es la reivindicación unitaria de una misma cultura para todos, vertebrada como identidad histórica, al margen de toda diferencia, y conlleva una violencia simbólica (la imposición de un modelo identitario).

Plantearé aquí la integración en términos de identidad y cultura, abogando por un "*entre-deux*", un espacio intermedio, en el que la identidad ya no es un constructo irreversible, sino que evoluciona, se adapta a la diversidad cultural y se apoya en el concepto de ciudadanía activa, construida en base a derechos y deberes, que demanda una mínima socialización.

### **ABSTRACT.**

All migratory process implicates restate identity and his relation with culture (origin culture and adoptive culture), an adaptation at new values and a relative renunciation of inherited values.

The social fracture appears when the identity don't coincide with the adoptive culture and produce a negation of republican values, as happened in France recently, and can carry anomy and free violence.

The nationalist answer is the unitary vindication of an identical culture for all the people, as an historical identity, without difference, and includes a symbolic violence (the imposition of an identitary model).

We present here the integration as an identitary and cultural process, one "*entre-deux*" intermediate space, in what identity is not an irreversible construction but an evolutive process, adapted at cultural diversity, and based on a free concept of citizenship, builted on rights and obligations, who need a minimal socialization.

## INTRODUCCIÓN.

La integración, como todo acto de migrar, implica necesariamente el paso de una cultura a otra y tiene incidencia en la identidad, implica un aprendizaje y trae consigo una serie de transformaciones culturales.

Quisiera plantear aquí el tema en términos de identidad y cultura y hacerlo primero de manera genérica para luego aplicarlo al caso francés: Lo voy a hacer desde una doble perspectiva: desde la reflexión teórica pero asimismo desde la experiencia personal, histórica, como producto de dos generaciones de flujos migratorios desde principios de siglo, de Francia a Marruecos primero, luego Marruecos a Francia y finalmente a España.

### 1. INMIGRACIÓN E IDENTIDAD.

Empezaré por unas cuantas preguntas para ver como se pueden articular estos dos conceptos:

1. ¿En qué medida toda migración no implica un acto sacrificial de tipo simbólico, una ruptura –que puede ser irreversible– con el entorno de origen, que no es forzosamente una renuncia identitaria? Obviamente la renuncia que implica es más o menos libre, más o menos condicionada por la necesidad económica, la presión social y también el imaginario en torno al otro (véase el mito que representa el emigrar a España para los jóvenes marroquíes, por ejemplo).
2. ¿Hasta qué punto puede haber doble identidad? Es muy difícil, en efecto, mantener el equilibrio, evitar reacciones anómicas (la anomia como pérdida del sistema original de referencias sin asimilación total del nuevo sistema, que puede traer consigo un cierta inestabilidad emocional). Véase al respecto, en los hijos de familias bilingües, el rechazo frecuente, durante la adolescencia, de la cultura de origen para identificarse –a veces excesivamente– con la del país de acogida, como ocurre en muchas familias hispano-francesas; o, al contrario, la vuelta nostálgica, con inclinaciones integristas, a los valores de la cultura de origen, aunque sea una cultura perdida (el islamismo en algunos sectores magrebíes). En realidad, las cosas no son tan sencillas y habría que plantear la identidad como una superposición de estratos identitarios, cada uno con su registro y su ámbito de actuación.
3. ¿Es factible, en cambio, la doble cultura, mediante el bilingüismo? Optaría más bien por este modelo: diversidad dentro de una pluralidad de expresiones culturales, pero siempre dentro de un sistema de valores –cívicos y simbólicos– común. A partir de ahí, si el sistema es tolerante, la identidad encuentra sus huecos, sus “nichos”, y crea sus *patchworks* culturales, sus fusiones.
4. Hoy, es bastante cuestionable un planteamiento de la identidad en términos de unicidad. Ha habido demasiado fracturas en los sistemas simbólicos, ideológicos, suficientes cuestionamientos de la idea de nacionalismo (con dos guerras mundiales de por medio en Europa), como para seguir aferrándose:

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

- a la defensa de un modelo de identidad basado en el integrismo, tanto en Occidente como en otros mundos...
- al rechazo categórico del otro (sea extranjero o no) como presunto peligro para la integridad de este modelo, so pretexto de que hace peligrar la identidad nacional.

Ahora bien, es necesaria la definición de un modelo de integración del inmigrante a la comunidad nacional, a la Nación, en el sentido más republicano de la palabra. Esto implica que tampoco es bueno que haya integrismo en la conservación del modelo originario. La cuestión es la siguiente: ¿Es posible un modelo de coexistencia de comunidades identitarias, sin una nación común, sin un cuerpo de valores comunes? Por otra parte, ¿en qué medida un modelo totalmente abierto no propicia los guetos culturales, los más duros: los de la conservación de los valores originales al margen de la evolución histórica, una vez trasplantados en otro contexto? ¿Esto puede facilitar el retorno a valores cerrados, impermeables al cambio social, como ocurre con algunos modelos religiosos? De ahí la necesidad de plantear una articulación entre identidad y cultura, en forma de ciudadanía (*civitas*), espacio común a compartir:

1. Espacio territorial (importancia del derecho a la vivienda).
2. Espacio económico (igualdad de oportunidades).
3. Espacio social (aceptación de la diferencia: véase cómo en Francia el nombre puede ser un estigma y, recientemente, el domicilio, el vivir en una “*banlieue*”, a la hora de buscar trabajo o un piso).
4. Espacio político (la representación en las Instituciones y el derecho de voto).
5. Y también –y sobre todo– espacio simbólico (el compartir los mismos valores), esto es, lo que podríamos llamar la *res publica*.

## **2. RES PUBLICA.**

Es lo que determina la condición de ciudadano:

- Un status –social, económico–, garante de una cierta dignidad, que define un marco moral.
- Un conjunto de derechos y deberes, dentro de un orden jurídico.
- Una serie de valores comunes y un instrumento de comunicación, el idioma, como signo simbólico de pertenencia a la Nación.
- La adhesión a un proyecto nacional, en el orden político y, dentro de éste, a un mínimo democrático.

A partir de ahí, empiezan a plantearse problemas de límites. El caso del velo, en Francia, lo ha hecho de manera acuciante pero hay que entenderlo en el contexto del conjunto de los valores republicanos. La laicidad es uno de ellos, fundador de la ideología francesa, resultado de un proceso de luchas históricas y que, de alguna manera, más allá de los etiquetajes políticos, crea consenso. De acuerdo con el principio de laicidad (separación estricta de lo cívico y lo religioso), el uso del velo –como ostentación de una identidad religiosa en un espacio público y emblemático de los valores republicanos como es la Escuela– es incompatible con el ideal de la escuela republicana y uno de sus principios básicos: la igualdad de oportunidades, que va pareja a una igualdad

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

de condiciones. Llevarlo no sólo es vivido como una irrupción de lo confesional en lo cívico, sino que incluso representa una “distinción objetiva”: hacer ostentación de su pertenencia religiosa me aparta de la comunidad de valores que encarna la República, porque remite a un conjunto cultural –y también, hoy día, ideológico, en algunos sectores islamistas– que es contrario al principio de igualdad de género.

Curiosamente, en este debate, nadie se ha parado a pensar, ni siquiera las feministas, que el uso del velo en una sociedad como la occidental, que lleva décadas –por no decir un siglo– luchando por el reconocimiento de los derechos de la mujer y la liberación del cuerpo, es profundamente retrógrado, en el sentido histórico y moral de la palabra. Además, ¿es compatible el velo con la gimnasia, con el teatro, la danza, las artes marciales, artes todas que entrañan una expresión y liberación corporal? Llevarlo, aquí, es padecer –lo queramos o no– una forma de discriminación, negativa en este caso.

Por otra parte, y no es baladí, si seguimos el argumento de defensa del velo en nombre del respeto a las culturas ajenas, ¿habría que permitir también, en otro ámbito, la excisión (la ablación del clítoris para privar a la mujer de placer sexual y confirmarla como pertenencia del hombre), como expresión que es de una identidad cultural, enraizada en una cultura tradicional con siglos de existencia?

El debate es complejo y no se puede separar del ideal republicano: en estos ejemplos, el principio de laicidad –por lo menos en el ámbito del discurso público– prima sobre la pertenencia religiosa (considerada como un asunto privado) e incluso sobre la identidad de origen: en la escuela republicana, nadie tiene que ser señalado por su origen o su pertenencia no sólo religioso sino también geográfico, económico, social, cultural. De hecho, el porte del delantal en la escuela de la IIIª República, después de la separación del Estado y de la Iglesia en 1905, tenía como finalidad mostrar como iguales ante la escuela a ricos y pobres, parisinos y provincianos... La cuestión problemática es determinar en qué medida el prohibir el velo no puede ser sentido como otra forma de discriminación; pero, incluso dentro de este planteamiento, priva el derecho de igualdad laico-público sobre el derecho religioso-privado y se impone como un deber de ciudadanía frente a la pertenencia confesional.

Desde esta perspectiva, la ciudadanía es un concepto global (total) –casi podríamos decir trascendente: por encima de lo privado–, con el riesgo a veces de “pasarse” en la aplicación, de caer en una forma de totalitarismo:

- Uno de sus componentes no puede ir sin el otro (la igualdad de oportunidades, la de la mujer).
- No se puede usar un derecho (el derecho individual a vestirse como uno quiera) sin cumplir con los deberes (la laicidad como norma ciudadana).
- No puedo pretender ser francés sin dominar mínimamente el idioma (no olvidemos que el idioma es el primer instrumento de integración y de conocimiento de una cultura).
- No puedo tener un lugar (un status en el sistema económico, político, social) sin adherirme a sus principios básicos (uno de ellos es la igualdad que va pareja a la laicidad).

Eso es la integración a la francesa: un contrato implícito (que se salta a la torera el uso del velo), que implica una adhesión mínima a los valores republicanos; eso es también la *res pública*: un espacio común de convivencia,

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

de valores, con sus derechos y deberes. A partir de ahí, todos tendrán los mismos derechos –por lo menos en teoría– para encontrar su lugar en la sociedad, con todos los mecanismos de la Ley para hacerlos respetar. Son interesantes a este respecto las acciones organizadas por asociaciones antirracistas para denunciar la discriminación en determinados establecimientos (por ejemplo discotecas), “provocándola” y constatando in situ el delito mediante testigos presenciales, dando lugar a condenas de los responsables, con un valor ejemplar.

El espacio público funciona, en este sentido, como un espacio de debate, de confrontación de ideas y posturas, de circulación de mensajes (de discursos e imágenes) y, también, de prácticas contradictorias.

### 3. INTEGRACIÓN Y CULTURA.

Hasta aquí, estamos en un planteamiento estrictamente cívico: el de los derechos de la ciudadanía. Conviene tener en cuenta otro parámetro, el de la cultura, de la diversidad cultural: de la diversidad de expresiones dentro de una cultura nacional común, condición sine qua non para la integración, de acuerdo con una distinción entre integración y asimilación (integrar no es negarle al otro el derecho a la diferencia).

En los hechos, esta diversidad existe en Francia: las culturas del mundo –en particular la magrebí– están bastante bien integradas a la cultura cotidiana. Se ve en las prácticas de consumo:

En el ocio: desde hace mucho tiempo, con la curiosidad por otros modelos culturales y los viajes a otros continentes, aunque a veces disfrazada de exotismo, hasta caer en la caricatura como ocurre, por ejemplo, recientemente, con las bodas al estilo tunecino y los “tours” organizados a este país...

En la música: el *rai* (de origen argelino) es un género más, integrado dentro de los “principales”. Aunque tenga su origen en la música sincrética de Orán, forma parte del acervo cultural francés, lo mismo que la cultura *hip-hop* de las “*banlieues*”. Esto puede parecer nimio pero es importante que en la radio, la televisión, se puedan escuchar canciones en otros idiomas, canciones que mezclan árabe y francés; como podría pasar en España con el euskera o el catalán...

En el paisaje urbano, también, se da esta diversidad, aunque es un fenómeno de grandes ciudades. París es un calidoscopio de culturas que han adquirido visibilidad y generado referencias culturales. El barrio de Barbés ya no es sólo el de Zola (“*L’assomoir*”) sino también el de Michel Tournier, con su novela “*La Goutte d’Or*”, centrada en la figura de un inmigrante, con sus sueños, sus imaginarios, un personaje que existe como sujeto sensible.

En el paisaje humano: la presencia de hijos de la inmigración en el cine, entre humoristas y en muchos puestos de atención al público, sin hablar del trabajo social, con la presencia en los puestos de mediación de muchos “hermanos mayores” de la llamada segunda generación.

Hasta en la comida, con el hábito, el viernes –día santo para la comunidad magrebí–, de servir cuscús en los comedores universitarios...

Está claro que la integración –y nadie lo niega en Francia–, implica la adopción –aquí, sí que se trata de asimilación– de los instrumentos para comunicarse. El idioma es uno de ellos, y lo ha sido también, en la IIIa República, para el paso

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

de las lenguas vernáculas al francés como idioma nacional, vehículo de cohesión e integración social. En este aspecto, la escuela ha cumplido, por lo menos hasta ahora, su papel de integración.

Entonces, ¿cómo explicar lo que ha pasado, en los últimos años, en las “*banlieues*” (los grandes complejos urbanísticos, la mayoría viviendas sociales: los HLM, en la periferia de las grandes ciudades)?

Es cierto que en estas zonas se han mantenido las diferencias, pero en el sentido negativo, con su traducción económica: desigualdad, con cifras de paro que pueden cuadruplicar la media nacional, segregación social, etc.

No se han generado los cauces para la convivencia y una adhesión a valores comunes, a pesar de los numerosos planos de rehabilitación y regeneración del hábitat. También han fallado en parte la escuela y la familia. Todo ello ha dificultado la consolidación de una identidad nacional en estos ámbitos.

Se ha generado, en cambio, una cultura de las “*banlieues*”, para bien y para mal. Para bien, porque se han reconocido nuevas formas de expresión cultural, al margen del patrimonio nacional. El hip-hop –a través de la danza, la música, los *graffiti*–, es una de ellas, que está hoy presente en los festivales, la producción internacional, los museos. También, a nivel lingüístico, existe una jerga, a veces germanía –el “*verlan*”–, con el efecto perverso propio de los argot, el de apartarse de la lengua estándar, de llegar a no ser entendido por el ciudadano medio.

Para mal, por otra parte, porque ha engendrado una cultura del gueto, basada en el rechazo del modelo nacional y de su sistema de valores: una cultura de la violencia, del trapicheo, del dinero fácil, que, paradójicamente, expresa también una admiración por la marcas, una fascinación por el modelo integrado de corte neo-liberal.

El peligro, aquí, es generalizar, dado que estos fenómenos son relativos: en el espacio, ya que son reductos de no integración, “*zone de non-droit*”, según la expresión acuñada para referirse a estas zonas donde no impera la Ley. Son también relativos en el tiempo porque pueden ser manifestación de sobreafirmación, de rechazo momentáneo, analizables como ritos de paso, que la llegada a la edad adulta de esta generación podría solucionar. Por fin, conviene relativizar en términos de generación. Los fogonazos de violencia están relacionados con determinadas franjas de edad –entre 14 y 18 años, básicamente–, vinculados a una violencia expresiva (en particular verbal) propia de las subculturas urbanas, representativa por otra parte de nuevas formas de violencia: una violencia salvaje (no organizada políticamente), gratuita (de orden sacrificial, que no persiguen ningún fin), no canalizada (que se convierte con facilidad en vandalismo). La quema de coches, por ejemplo, es una manifestación habitual, y no sólo en Francia, que se acentúa en períodos de epifanía, como las navidades.

## 4. INTEGRACIÓN Y FRACTURA SOCIAL.

### 4.1. Un problema de *visibilidad*.

¿Cómo se produce esta fractura social y se traduce luego en violencia? Sin duda hay aquí un problema de *visibilidad*. En las “*banlieues*”, todo es más visible, más espectacular, debido al tratamiento de los medios de

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

comunicación, pero también porque son un verdadero escaparate de la deriva de ciertos subgrupos relativamente reducidos (no tiene nada que ver, en este sentido, con mayo del 68).

Estas formas de violencia son formas extremas e *hipervisibles*, típicamente postmodernas:

- relativas, desde el punto de vista social, ya que no conllevan enfrentamiento civil con el resto de la población, porque se centran en la representación simbólica del Estado (todo lo que lleva uniforme), aunque en las últimas manifestaciones ha habido “reventadores” que han agredido a los estudiantes en las manifestaciones,
- con un componente suicida, consistente en exponerse, ir hacia el peligro, como si no hubiera otra salida,
- de corte lúdico, mimético, muy conforme al modelo de la sociedad de consumo, en particular a sus representaciones de la violencia en el cine, la televisión, los video-juegos, el cómic,
- formas basadas en la espectacularidad, de acuerdo con la lógica de la “sociedad del espectáculo” (Debord), hechas para llamar la atención.

#### **4.2. La crisis del sistema de integración.**

Sin embargo, en el fondo, esto no es el fracaso del sistema de integración francés, sino todo lo contrario: es la reivindicación del derecho a una integración plena, al consumo, a los beneficios del Estado de bienestar. En cambio, sí delata un fallo de los sistemas de mediación, en particular los socio-culturales: la familia, la escuela, los aparatos sociales de mediación.

- La familia: hay, indudablemente, un problema de estructura familiar, una crisis del Padre, en especial del padre magrebí, como principio de autoridad, guardián de los valores tradicionales y de la continuidad genealógica. No hay chicas entre los protagonistas de los hechos, es un hecho llamativo, son adolescentes en ruptura familiar, escolar y social – los llamados “hermanos pequeños”, pertenecientes a la 2ª generación, hijos menores de la 1ª generación, la que ha padecido la inmigración en masa de los 60-70 y se ha sacrificado: la que ha sufrido la discriminación social y laboral (ya no es el caso, ahora), se ha mantenido al margen del consumo (para mandar dinero a su país de origen) y de la cultura, a menudo por razones lingüísticas y sociales.

¿Qué pasa con estos “hermanos pequeños”? Viven en familias donde el padre ya no es el modelo, es cuestionado por las mujeres, hijas: padres que han dimitido en su función tutelar o son simplemente ausentes o, al contrario, mantienen a ultranza el sistema de origen; padecen fracaso escolar, sufren las tentaciones de la sociedad de consumo y de la cultura de las marcas, del dinero fácil, procedente del trapicheo, de la extorsión, de la economía sumergida... Todas estas carencias conducen a menudo a conductas de riesgo, que acentúan el conflicto entre sexos y explican la tendencia de estos chicos a hacer de padres, con madres que también les delegan poderes, pero padres según el modelo tradicional magrebí, con un sometimiento autoritario de sus hermanas, sin hablar de los abusos frecuentes a las chicas de los barrios...

- La escuela: la famosa escuela republicana tampoco sale bien parada, con las dificultades objetivas de los maestros cuando la composición de

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

las aulas es tan heterogénea, existen luchas territoriales, étnicas, los niveles lingüísticos son dispares, pero sobre todo cuando ya no impera el sistema de autoridad y el docente se queda sin recurso frente a la violencia del grupo.

En gran parte se explica por el abismo que se ha creado entre la cultura de la calle que ahí se genera y la cultura patrimonial francesa; fenómeno acentuado por el desfase entre el lenguaje de las “*banlieues*” –una relación muy práctica con el saber, de tipo territorial con el entorno, con un sentimiento y una sensibilidad tribal– y el esfuerzo de conceptualización, racionalización que representa la escuela; por fin los límites diferentes en la expresión cotidiana, la integración de la violencia (violencia verbal en particular) a la relación cotidiana, con un uso ritual, lúdico, de la misma. De ahí el malentendido comunicativo: lo que es percibido como violencia por uno no lo es para el otro, es una expresión natural (con un fondo machista) y esto contribuye a crear fracturas simbólicas (vinculadas a la representación del mundo y a su expresión).

Ni la familia, ni la escuela han sabido / podido transmitir los valores de respeto y convivencia contenidos en el tercer componente de la terna republicana: la fraternidad. Pero esto es una responsabilidad colectiva y no exclusivamente política.

## **5. UN PROBLEMA SIMBÓLICO: LA RUPTURA DEL DIÁLOGO SOCIAL.**

Es innegable que ha habido una política de integración, incluso entre los gobiernos de derechas: desde el 91, en particular, infinidad de Planes urbanísticos: renovación, demolición de los grandes conglomerados de urbanizaciones, ha existido un Ministerio de la Ciudad, Comités Interministeriales de la Ciudad, informes sobre “Segregación urbana e Integración social” (1994), un Ministro Delegado para la Promoción de la Igualdad de Oportunidades... Lo que ha fallado es el diálogo social, el compartir y transmitir los mismos valores cívicos y esto sí que es un problema de política social pero, sobre todo, de forma de hacerlo.

Es cierto que ha habido en el gobierno socialista de Jospin una política sistemática de mediación:

- Empleos juveniles reservados para jóvenes.
- Definición de perfiles de mediadores en muchos ámbitos de la vida social: en la comunidad escolar, en la justicia, en la calle.
- Creación de una política de cercanía, hoy eliminada, con el nuevo gobierno.
- Ayudas al tejido asociacionista, también suprimidas.
- Experiencias piloto de corte cultural para acercar la cultura “nacional” a las “*banlieues*” y viceversa.

El problema es más grave: es cívico. Estos jóvenes se han apartado del modelo republicano, no creen ya en sus valores (aunque reivindican los mismos derechos), han quedado fuera del sistema social (pero tienen derecho a disfrutar de sus beneficios). Entonces sólo queda la afasia o las conductas

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

anómicas: “Sólo sabemos expresarnos incendiando, La escuela no sirve...” son frases que se han oído y duelen.

Sin contar con la distorsión que crean los medios de comunicación, no sólo por erigir estos problemas en temas de portada, sino por el efecto amplificador que producen, mediante una espectacularización de la visión de las “*banlieues*”, a la que contribuyen los propios protagonistas, cuando declaran a los periodistas: “¿Saben porque hemos quemado coches? Porque nosotros, los de las 3000 [una de las más conocidas *banlieues*, alrededor de París] no hemos salido todavía en los informativos [como los de otras barriadas].”

## 6. LA CRISIS DE REPRESENTACIÓN POLÍTICA.

Estos jóvenes no se sienten “representados” y este es el más político de los problemas: el de la representación política y de la legitimación de los representantes políticos. No ayudó en su momento la enorme torpeza verbal del entonces Ministro del Interior –Nicholas Sarkozy– tratando de “*racaille*” (chusma) a los jóvenes agitadores, y el contestar a una señora en una entrevista en la calle que él iba a limpiar todo eso con una “*karcher*” (entiéndase una máquina de limpieza a presión).

Sin duda hay aquí, más allá del desliz lingüístico, un desprecio al otro que afecta a la identidad profunda: su identificación como grupo, y su reconocimiento como tal, una manera de excluirlo de la comunidad nacional, que evoca una desagradable connotación al utilizar la “metáfora” (de manera bastante literal) de la limpieza, que está por otra parte en la línea de la política de orden público reciente en Francia, cuyo objetivo: “tolerancia cero”, ha hecho que este gobierno llegue al poder en condiciones dudosas en el 2002.

Otra torpeza es el haber recurrido, para imponer el toque de queda en el 2005, a una ley de 1955, promulgada para hacer frente a los disturbios generados por la guerra de Argelia, aplicada, cincuenta años atrás, a los padres o a los abuelos de estos jóvenes; en otras palabras, declarar una especie de estado de excepción cuando se trataba de restablecer el diálogo.

Declaraciones y medidas como éstas no hacen sino reforzar el sentimiento de gueto, la sensación –casi antropológica– de pertenecer a territorios (físicos, simbólicos) que se han quedado al margen del bienestar, e incluso de la Ley, y el rechazo frontal a sus representantes. Es llamativa, por ejemplo, en las “*banlieues*”, la violencia hacia todo lo que representa el Estado: representantes uniformados (policía, por ejemplo), pero también los que le pertenecen sin estar implicados en ninguna acción represiva (bomberos, conductores de autobuses, por ejemplo, objeto de frecuentes agresiones).

Estas reacciones se pueden extender a veces, incluso, a los componentes de otras zonas: también se producen enfrentamientos entre jóvenes de distintas barriadas, simplemente por el hecho de pertenecer a otro territorio. Es como si la pertenencia territorial fuera más fuerte, en términos identitarios, que la pertenencia a la comunidad nacional.

PONENCIA. *Gérard Imbert*. Integración, identidad y valores republicanos (el caso francés).

## **7. CONCLUSIÓN: VIOLENCIA, DISCURSO, COMUNICACIÓN.**

No es el modelo de integración el que está en juego, sino su aplicación, su generalización a las zonas que se han quedado al margen del sistema y su adaptación a nuevos fenómenos de expresión de la protesta social. Es menos un fallo político –una ausencia de políticas de integración (aunque las ha habido mejores que otras) – que un fallo de los sistemas simbólicos de representación y mediación.

Es, antes que nada, un problema cívico: el no haber podido transmitir una vertiente del ideal republicano: la de los deberes, del necesario esfuerzo por identificarse a la comunidad nacional.

Es, por fin, un problema de discurso: por una parte, del lado de los jóvenes violentos, la incapacidad de expresar el descontento mediante el lenguaje –o la expresión artística–, utilizando los cauces democráticos. Desemboca en una pérdida de todo respeto al espacio público, una salida del sistema. Enfrente, la incapacidad de contemplar una política si no es mediante la represión, basada en un concepto extremadamente restrictivo del orden público, con el riesgo de deriva de un Estado social a un Estado penal, con un componente muy populista (Sarkozy es un ejemplo de ello), basado en medidas espectaculares como las expulsiones.

No es un motivo para ser pesimista. Puede que sea la expresión de un “ras-le-bol” transicional, una manifestación de cabreo con visos de rito de paso, corroborada en gran parte por la juventud y el lenguaje de estos jóvenes adolescentes, con una cristalización del descontento en torno a determinados objetos: aquí la violencia destructiva, de corte anómico, en España, el fenómeno del botellón, con su componente lúdico; con la salvedad de que, en Francia, es un serio toque de atención para los gobernantes, para que refuercen sus políticas de mediación y cuiden la forma de hacerlo, evitando la creación de bolsas de violencias, lo mismo que existen bolsas de pobreza.

En un momento en que, en España, se debate tanto sobre las materias de educación cívica, es una buena manera de recordar que la educación puede ser el instrumento para, no sólo educar –transmitir saber– sino también para iniciar a una ética de la responsabilidad y sensibilizar a la diferencia, siempre dentro del respeto a los derechos y a los deberes; la escuela, seguramente más que los aparatos religiosos o los propios gobernantes, tal vez sea, todavía, el mejor instrumento para hacerlo.